

EDITORIAL

Hoy es tiempo de llorar, de llorar por nuestros jóvenes, de llorar por nuestro México. Hoy enfrentamos la miseria, el dolor, la impunidad, la desesperanza y tenemos que llorar por nuestros errores, por la ignorancia, por la indiferencia, por no hacer nada o por hacerlo mal. La masacre de los 43 ¡y muchos más! nos enfrenta a la realidad. Una realidad atroz que no queremos ver, oír o pensar.

Pero, hoy, es tiempo de llorar. De entender que aún los que masacran son jóvenes que viven aquí, junto a nosotros. Las víctimas nos conmueven y ya no podemos dar crédito a la magnitud de la tragedia; pero los que matan, los que torturan, los que reducen a cenizas la dignidad humana también son un motivo para llorar, porque no hemos sido capaces de salir adelante, de lograr la paz, la seguridad, el respeto pero, además, porque hemos dejado que la ignorancia, el desprecio absoluto por la vida, la total falta de humanidad sea la esencia de personas jóvenes, sin educación, que sin la mínima escala de valores ni siquiera son capaces de entender el horror de sus propias acciones.

La criminalidad organizada es terrible, pero más aún la complicidad, la corrupción, la impunidad, la deshumanización, la omisión que nos ha llevado a esta situación en Iguala y, por desgracia, en todo el país. Con más o menos violencia, con más o menos tragedias, pero con violencia y tragedia al fin.

Estamos hartos de la corrupción, estamos hartos de la incapacidad política en todos los niveles, estamos hartos de la inacción de la justicia; estamos hartos de que la vida se nos escape, de que seamos víctimas o victimarios y ya no es posible mirar a otra parte, ya no es posible ignorar, porque a donde miremos hay miseria y dolor.

Hoy, es tiempo de llorar. Mañana seguiremos adelante y, seguro, superaremos el dolor y la desesperanza; pero, hoy, nuestro corazón sufre, nuestra mente reflexiona y no podemos dejar pasar las escenas de dolor, los gritos de impotencia. Porque hoy es tiempo de hacer, de cambiar, de entender que el otro, soy yo y que la convivencia pacífica sólo se logrará si cada uno asume sus responsabilidades; si nos entristecemos y lloramos por los hijos de los demás, por los padres y madres de víctimas y victimarios; si exigimos acción y transparencia del gobierno, si denunciemos la corrupción y dejamos de ser cómplices silenciosos, temerosos. Si enseñamos a los pequeños que el odio no es el camino, que el otro somos nosotros mismos y que nuestros problemas son los problemas de todos.

Mañana es tiempo de rehacer, de reconstruir, de salir adelante, de educar. Pero hoy es tiempo de llorar, de angustiarnos y horrorizarnos. De recobrar la dignidad

humana que nunca debimos perder. De reconocer nuestros errores y enderezar el camino, desde nuestra casa, nuestra labor, nuestra vida cotidiana. Mañana seguiremos adelante, pero hoy no podemos ignorar, omitir o reír. Hoy el dolor es nuestro, es de todos, por lo que no supimos hacer, por lo que no quisimos hacer, por lo que ignoramos, por nuestra omisión y complicidad, por perder la capacidad de asombro y aprender a vivir con el odio y la violencia. Por eso, hoy es tiempo de llorar y lloremos todos porque hay razones suficientes para ello.

7 de noviembre 2014
En México